Ada Aurora Sánchez

El dedo en la llaga, el ojo en la nube: *Identidad y memoria en las poetas mexicanas del siglo XX*, de Gloria Vergara

Agua mágica, ars,
Quémame, cúrame:
que atrás quede la herida
siempreviva
siempreabierta
Pura López Colomé

I. ¿Qué se toca cuando se mira?

El poeta es un ser de contemplaciones. Su mirada se extiende por los cuatro puntos cardinales; mira hacia fuera y hacia adentro. Como lo han señalado innumerables creadores y ensayistas, en ese vaivén dialéctico, el creador descubre, revela. «Poetizar —dice Graciela Maturo (2007)— es siempre, en última instancia, dar un lenguaje a la experiencia espiritual, que es experiencia de mundo, de sí mismo, del ser». Pero, ¿qué se toca cuando se mira? ¿Qué de lo que se atisba, en un momento de epifanía, logra trascender a la página? Quizás sólo son iridiscencias, fragmentos de una realidad que nos supera, lo que el poeta atrapa. De la mirada a la hoja se cae, cernido, lo mirado. El poeta tiende sus redes hacia lo que invisible nos circula, y hacia aquello que grita, silencioso, su presencia en el universo de las estrellas o de un átomo del corazón.

Si es difícil para el poeta no sucumbir ante las trampas del lenguaje y atrapar —en sucesivas filtraciones— el sentir y lo mirado (lo descubierto), no lo es menos apreciar, valorar, el discurso poético; es decir, hacer crítica literaria en torno a la poesía. En este sentido, el libro *Identidad y memoria en las poetas mexicanas del siglo XX* (UIA, 2007), de Gloria Vergara, es una fina metalectura del mundo, de ese desdoblar perceptivo, espiritual, que hace el que escribe poesía.

II. El que mira al que mira

¿De qué forma hay que mirar a ese mirón oficioso, impertinente e impenitente, que es el poeta? Gloria Vergara nos propone un acercamiento hermenéutico, uno que recorre y devela las sucesivas pieles del lenguaje poético, y para ello recurre, en su libro de ensayos, a la plataforma teórica de Roman Ingarden acerca del mundo representado en la obra de arte literaria.

A través de once ensayos que revisan, en igual número de poetas, cómo se van conformando los rasgos identitarios a partir del discurso poético, la autora nos ofrece una aproximación dialógica a una serie de figuras centrales en las letras mexicanas del siglo xx: Concha Urquiza (Morelia, Mich., 1910-Ensenada, B.C., 1945); Dolores Castro (Aguascalientes, 1923); Rosario Castellanos (ciudad de México, 1925-Tel Aviv, 1974); Enriqueta Ochoa (Torreón, Coahuila, 1928-ciudad de México, 2008); Ulalume González de León (Uruguay, 1932-ciudad de México, 2009); Gloria Gervitz (ciudad de México, 1943); Elva Macías (Tuxtla Gutiérrez, Chiapas, 1944); Elsa Cross (ciudad de México, 1946); Verónica Volkow (ciudad de México, 1955); Pura López Colomé (ciudad de México, 1952) y María Baranda(ciudad de México, 1962).

Como lo aclara Gloria Vergara, su selección no contempla a todas las poetas destacadas del siglo xx, pues éste no era el objetivo de su trabajo, sino —en un primer momento— recurrir a una parte del todo. Por fortuna, la selección ilustra con especial tino de qué manera el discurso poético de las mujeres analizadas —en representación de otras— ha oscilado, en una suerte de péndulo (para emplear una metáfora que Gloria Vergara propone), entre la defensa de un oficio, una visión de mundo y el descubrimiento de sí y del otro (y lo otro).

Las mujeres revisadas tienen, como características comunes —además de un destacado y consumado oficio—, la irreverencia natural como signo de época: ponen el dedo en la llaga y el ojo en la nube. Van señalando aspectos inciertos, dolorosos, de la condición humana, mientras miran alto en pos de lo divino o, simplemente, en la búsqueda de la comprensión simbólica del lenguaje, que, en último término, es también una forma de la comprensión del ser. Se trata de mujeres nacidas entre 1910 y 1962, mujeres desdobladas, poetas que son siempre otras: ensayistas, traductoras, profesoras, talleristas… Casi todas mujeres vivas, con excepción de Concha Urquiza, Rosario Castellanos y Enriqueta Ochoa, mujeres que ondean como banderas en el territorio de la poesía nacional. Mujeres mexicanas de nacimiento, o por adopción, como en el

caso de Ulalume González de León; mujeres capitalinas y de provincia, para demostrar que el huerto ha florecido en varias latitudes.

Los temas abordados por las poetas, en un campo semántico cercano a la identidad y la memoria, pasan —tal y como nos advierte la autora— por «la pasión, el deseo, la soledad, el rechazo social, los roles predeterminados, el reclamo y el enfrentamiento amoroso, la recuperación y exploración del cuerpo, la autocontemplación, la conciencia de la finitud, la integración a la naturaleza, la búsqueda de los ancestros, la vuelta a lo primitivo y lo sagrado...» (p. 14).

Algunas veces la revisión de una poeta incluye casi toda su obra, y, en otras, implica concentrarse en un solo poemario. Cada ensayo comienza con un epígrafe certero de la poeta estudiada, un epígrafe que nos acerca rápidamente al punto que más duele en el discurso poético, a la llaga, y, al mismo tiempo, al ojo de quien hace la crítica literaria. La nube, en este caso, le pertenece al lector.

Aunque en todas las circunstancias Gloria Vergara sabe delimitar el espacio perceptivo, las atmósferas, búsquedas y obsesiones temáticas de las poetas seleccionadas, considero que en su libro destacan, por su lucidez y sugerencia, los siguientes cuatro ensayos: «Del sonoro silencio. El sentido de la revelación poética en Dolores Castro», «De la virgen terrestre a la sibila. Hacia una re-visión poética de Enriqueta Ochoa», «Visión del cuerpo. Identidad itinerante en la poesía de Ulalume González de León» y «El espíritu del mundo en la poética de la aurora de Pura López Colomé».

Comentemos, ahora, brevemente, las luces que la ensayista nos proporciona para redescubrir las poetas antes citadas.

Gloria apunta, respecto a Dolores Castro, que ésta «plantea una poética integradora en la que se despliega la palabra como arma definitoria y mítica. A través de la poesía, la mujer representada se reconoce en el cosmos; a partir del dolor y del silencio se ubica frente a lo divino, a la inmensidad, a lo etéreo en esta metafísica de lo cotidiano» (p. 47).

Para leer a Enriqueta Ochoa, habría que observar —sugiere veladamente Gloria— las distintas gradaciones del dolor, de virgen terrestre en la poeta; asimismo, el tratamiento e instalación que de la luz hace, en su propia poesía, la poeta coahuilense.

De Ulalume González de León, Gloria revela que «El cuerpo es visto desde la palabra, el pensamiento, el sueño, la piedra, la temporalidad y la memoria. El cuerpo está dicho, nombrado, desde todas las perspectivas posibles; es convergencia, plagio y representación del sujeto» (p. 85). Se

trata de una poética de la otredad y como un otro Gloria dialoga con el discurso poético de Ulalume, que, en su ir hacia los demás, acorta la distancia hacia sí misma.

En el penúltimo y el más extenso de sus ensayos, Gloria Vergara se detiene en analizar de qué manera el despertar es creación en Pura López Colomé; así, la imagen de la aurora resume el instante de la (re)creación del mundo, pues es la luz lo que permite la visión de las cosas y su despertar. Esta poética de la aurora deslumbra por su fuerza expresiva, mítica, al igual que la capacidad de Gloria Vergara para comunicar sus hallazgos.

III. La reverberación de la mirada

Los lectores de poesía, que contamos con mediadores como Gloria Vergara, entramos con una ventaja al círculo de lo que podría llamarse la reverberación de la mirada: tenemos no sólo una ensayista de amplio bagaje teórico, sino también una poeta de tono y percepción singulares. Desde la frontera, a borde del riesgo, Gloria Vergara va tejiendo su discurso entre el riguroso análisis y un lenguaje no exento de poesía. No podía ser de otra manera: su trayectoria se ha bifurcado entre el ejercicio reflexivo y el creativo. En más de un sentido, Gloria Vergara, la poeta, avanza en la misma línea que su objeto de estudio.

Finalmente, quiero decir que en ese largo camino que falta para consolidar una ruta crítica que dé cuenta de todo el movimiento pendular de la escritura de mujeres, *Identidad y memoria…* se incorpora para hacer, justamente, memoria, orilla.

Los lectores tenemos aquí un libro, como todos los libros, lleno de ecos y miradas, iluminaciones y silencios, pero, sobre todo, un libro de rutas, de intriga y tentaciones, y es que se termina deseando conocer más del trabajo poético de las mujeres seleccionadas y de otras que se mencionan de forma paralela, quizá porque la llaga del discurso ajeno es una llaga propia y porque el ojo del lector también aspira al cielo.

Bibliografía

Maturo, G., «El poema como ritual y vía de acceso a lo sagrado», *Azularte*, 2007, *http://revistaliterariaazularte.blogspot.com/2007/07/graciela-maturoel-poema-como-ritual-y.html*
Vergara, G., *Identidad y memoria en las poetas mexicanas del siglo xx*, uia, México, 2007